

Á las doce de la noche, la calle del Mont-Blanc, en la que se encontraba la casa en que vivían Dalasene y las de Palarin, estaba silenciosa y desierta. En todo tiempo hubiéralo estado á aquella hora avanzada de la noche, pero ese silencio y esa soledad explicábanse con más razón entonces que reinaba en París el Terror.

Llegada la noche, los ciudadanos se encerraban en sus casas y solamente obligaciones imperiosas podían decidirlos á aventurarse en las vías públicas donde estaban siempre expuestos á los ataques de los malhechores ó, lo que era peor, á caer en manos de seccionarios escamones, siempre dispuestos á considerar como sospechosos á los transeuntes retardados. Así pasaba todas las noches, y aquella no se diferenciaba en nada de las otras.

Pero, un poco antes de las doce, si algún habitante de la calle se hubiera encontrado á la ventana,

hubiera visto cuatro hombres surgir de improviso en la calle viniendo del bulevar, y no hubiera podido engañarse sobre los motivos de su repentina aparición. En el uniforme de tres de ellos hubiera conocido á los gendarmes á quienes estaba encomendado ejecutar las órdenes de la Junta de Seguridad general y de la de Salvación pública.

Delante de ellos marchaba su jefe, un personaje cubierto con un gorro frigio y que llevaba un abrigo sobre la carmañola.

— Me has dicho que conocías la casa del ciudadano Dalassene, dijo de repente el jefe dirigiéndose á uno de los gendarmes.

— La conozco, ciudadano Heron; he venido muchas veces á traer mensajes. Es un poco más lejos.

— Guíanos entonces, ordenó Heron.

Pronto estuvieron delante de la casa que buscaban, y al ver una seña del guía, la tropa se detuvo. Heron levantó los ojos para mirar la fachada; estaba casi enteramente sumida en la sombra y solamente se veía luz en las ventanas del piso segundo. Heron no dudó de que allí vivía el representante del pueblo que estaba encargado de prender. Cuando se abrió la puerta cochera en la que había dado golpes, no se ocupó de interrogar al portero que, aterrado al ver los uniformes, no se atrevió á preguntarle quién era ni qué buscaba.

La tropa se metió en la escalera á la luz de un farol colgado en la pared y que ardía toda la noche.

En el segundo piso hicieron alto, y Heron, que quería sorprender á Dalassene y no darle tiempo para evadirse, sacó del bolsillo un manojo de ganzúas, de que había tenido cuidado de proveerse, y penetró así en el piso en que vivían Lucía y su hermana.

En la antecámara velaba un criado echado en una banqueta y que, al ver á los siniestros visitantes, se levantó de repente para cerrarles el camino. Uno de ellos le echó mano al cuello y le obligó á volverse á sentar, mientras Heron decía brutalmente:

— Si das un grito, eres muerto. El ciudadano Dalassene está aquí, ¿no es verdad?

Sin esperar una respuesta que el desgraciado servidor no hubiera podido darle, tan paralizado le tenía el miedo, Heron se dirigió á una puerta en la que había visto luz, la abrió de un puñetazo y se encontró en presencia de aquel á quien buscaba.

Había creído encontrarle solo y se quedó al pronto desconcertado en presencia de Lucía, á la que nunca había visto. Pero una pregunta de Dalassene le devolvió toda su audacia. Desprendiéndose de los brazos de su amiga, el convencional se acercó á él.

— ¿Eres tú, Heron? ¿Con qué derecho entras aquí sin hacerte anunciar?

— Con el que me da esta orden, respondió Heron sacando del bolsillo el documento escrito de que era portador; orden de prisión expedida contra ti.

— Hubiera sido más humano ejecutarla en mi do-

micilio y aborraz á esta ciudadana la emoción que le causa tu presencia.

— ¡ Tu domicilio ! ¿ No estoy, pues, en él ?

— Estás en casa de una de mis amigas.

— Siento haberme equivocado, pero eso no tiene importancia. Estoy autorizado para prenderte dondequiera que te encuentre. En tu calidad de representante, debes dar ejemplo de sumisión á las leyes y no creo que tengas la intención de resistir.

— No resisto, pero protestó contra la infame violencia que se me hace. Tú consignarás mi protesta en la diligencia de prisión.

— No la consignaré porque tú lo exiges, sino porque la ley me obliga á ello. Ahora, como antes de conducirte tengo que registrar tu casa, te invito á que me lleves á ella.

Dalassene le repondió con un gesto negativo. No tenía la idea de impedir el registro ; pero pensaba en la Villars que estaba quemando los papeles susceptibles de comprometerle, y trataba de darle tiempo reteniendo al agente de las juntas.

— Me niego á guiar tu registro, declaró. Has entrado aquí como un ladrón y tendrás la vergüenza de registrar como un ladrón mi casa. Te advierto, por otra parte, que no encontrarás nada que pueda justificar los hechos que se me imputan.

— Está bien, está bien, gruñó Heron ; registraré sin tu presencia. Se te va á conducir á la Conserjería, donde serás encerrado.

Lucía había escuchado palpitante este rápido y febril coloquio, y se dirigió á Heron.

— Puesto que le prende usted, dijo, préndame á mí también. Inocente como él, quiero compartir su suerte.

Antes de que Heron hubiera podido responder, Dalassene intervino :

— Espero, dijo, que no tendrás la crueldad de acceder á su ruego.

— Aunque quisiera hacerlo, no podría, confesó Heron ; no tengo derecho, porque la orden no menciona á nadie más que á ti.

— Entonces, que me lleven. En marcha.

Separando suavemente á Lucía, Roberto se dirigió á la puerta donde la esperaban los gendarmes ; pero la joven se le adelantó y le reprochó con dolorosa energía el querer abandonarla. ¿ Era eso lo que le había prometido ? ¿ No había consentido, hacía un momento, en que participase de su suerte ? ¿ No sabía que si él debía perecer, no quería sobrevivirle ? Obligarla á permanecer en la tierra no estando ya él, era condenarla á una desgracia eterna y cometer con ella una ingratitud desconociendo lo que había hecho por él desde que eran el uno del otro.

— No tienes derecho á obrar así, le decía, y privarme del gozo de seguirte en la muerte como te he seguido en la vida.

En su ardor por convencerle, olvidaba que sus

palabras tenían testigos, hablaba delante de ellos como si estuviera sola con él y les entregaba el secreto de su amor.

Después, asustada por la actitud que guardaba Dalassene y temiendo que no se dejase ablandar, se dirigió á Heron, que asistía insensible y casi burlón al espectáculo de su angustia.

— No me separe usted de él, señor, suplicó. Si necesita usted un pretexto para prenderme, ayúdeme á buscar uno. ¿Es preciso que lance gritos sediciosos? Pues gritaré con toda mi alma: « ¡Abajo la República y viva el rey! »

— Pardiez, murmuró Heron, si estás tan decidida como supones á ir á la guillotina, es una satisfacción que, después de todo, puedo procurarte.

Lucía estaba radiante mientras Dalassene, desesperado, levantaba los brazos al cielo como para tomarle por testigo de los esfuerzos que había hecho para impedir que su amada se sacrificase por él.

Heron, á todo esto, vacilaba aún y no se decidía. Su indecisión entregó durante unos momentos á los dos amantes á una angustia igual aunque no tuviese la misma causa para el uno que para el otro. Estaban sus ojos suspendidos de los labios de aquel hombre á quien sus funciones, en aquella hora temible, hacían árbitro del destino de Lucía. Si consentía en prenderla, estaba perdida, y esto era lo que ella deseaba; si se negaba, estaba salvada, y

esto era lo que deseaba no menos ardientemente Dalassene.

De repente, la Villars los sorprendió en esta duda atroz. Volvía á anunciarles que los papeles comprometedores estaban destruidos y al ver á Heron y su cuadrilla, comprendió mejor la utilidad de la operación que acababa de ejecutar.

Heron, sorprendido por su entrada inesperada, se precipitó hacia ella y se puso á dirigirle reproches.

— ¿Qué haces aquí, pérfida? ¿Es así como cumples tus promesas? Hace un momento te has eclipsado para no encontrarte sola conmigo á la salida de la sesión. Y debías esperarme en tu casa á las doce de la noche. Son las doce y no estás allí.

Aunque no sentía más que desprecio por el tal personaje, la Villars comprendió que la prudencia le aconsejaba ser solapada con él.

— Sí te hubiera esperado á la hora fijada por ti, dijo hipócrita y dulzarrona, te hubiera esperado en vano, puesto que estabas ocupado en otra parte.

— Pensaba ir á verte cuando hubiera acabado con Dalassene. No tardaré mucho.

— ¿De qué podrás quejarte si soy exacta en la cita?

Aquel compromiso implícito puso á Heron de buen humor con la mujer que consideraba ya como suya y le dió parte del apuro en que le ponían las súplicas contradictorias de que era objeto.

— La ciudadana quiere que la prenda; el ciuda-

dano representante me pide que no lo haga; no sé qué decidir.

Esto fué bastante para revelar á la Villars el combate que se había verificado en su ausencia entre los dos amantes. Poseída de piedad, admiró á Lucía y compadeció á Dalassene, pero pensó que los dos estaban en su papel puesto que se amaban. Por muy pervertida que estuviese, les envidió la dicha de haberse inspirado recíprocamente la poderosa pasión que los ponía enfrente é inspiraba en el corazón de la mujer aquel desprecio de la vida y en el del hombre la voluntad de no dejarla perecer con él.

Estas reflexiones se desarrollaron en su mente en menos tiempo del que hace falta para resumirlas y le sugirieron el deseo de impedir que Lucía consumase su sacrificio. Y las circunstancias le permitieron realizar ese deseo. Enamorado de ella, Heron estaba en su mano; aquel hombre quería agradarla, á condición de no comprometerse, y accedería, al menos en este instante, á lo que ella le exigiese. Ahora bien, lo que iba á exigirle no le comprometía y la Villars formuló su petición.

— ¿No sabes qué decidir para salir del paso? le dijo. Me extraña tu indecisión. Si esta mujer no es culpable, ¿por qué la has de prender?

— Únicamente porque ella lo desea. En la orden de que soy portador, no se trata de ella.

— Sería, pues, abominable, replicó vivamente la Villars, aprovechar el extravío en que un dolor muy

comprensible ha puesto á esta infortunada para enviarla á la muerte.

— Una aristócrata menos; no se perdería gran cosa.

— No tendrías excusa, respondió la Villars tratando de disimular la indignación que le causaban aquellas frases odiosas. No te muestres peor de lo que eres y déjame creer que tienes algún interés en complacerme. Te agradeceré que la dejes libre.

Heron se quedó embrujado por la mirada con que ella acompañó estas palabras.

— Llevaos al ciudadano representante, dijo á los gendarmes. En cuanto á ti, ciudadana, no tengo autoridad para apoderarme de tu persona.

Al oír esta declaración que engañaba sus esperanzas, Lucía quiso arrojarle á él y dió un paso hacia delante agitando el aire con los brazos. La Villars corrió á sostenerla. Lucía se quedó clavada en el suelo como paralizada de repente en su dolor, cerráronse sus ojos y cayó sin conocimiento contra la Villars, que la recibió á tiempo para amortiguar su caída y sentarla en un sillón.

Dalassene se había precipitado, se inclinó hacia aquella cara querida y le dió un beso.

— Te la confío, dijo en voz baja á la Villars. Llévala á casa de Esteban Jerold; allí encontrará á su hermana.

— Vete en paz, respondió la Villars; yo me encargo de ella. No pienses tú más que en salvar tu cabeza.

Cuando, pocos instantes después, Lucía volvió en sí, sus ojos, al abrirse, se encontraron con los de su antigua rival. Y leyó en ellos tanta solicitud y compasión que le inspiraron el valor que necesitaba en aquella prueba cruel. Lucía midió toda la extensión de su desdicha. Se había acabado el hombre á quien había amado tanto y al que amaba más apasionadamente todavía en el momento en que se le arrancaban.

— Ya está en manos de esos miserables, gimió; los bárbaros me han rehusado la alegría de morir con él. ¿Qué va á ser de mí si me le roban para siempre?

— No está todavía perdido todo, señora; acaso podamos salvarle. Pero si hemos de lograrlo, es preciso que esté usted valiente y fuerte.

La Villars hablaba así para apaciguar el dolor de que era testigo y confidente; pero hablaba sin convicción. Conocía demasiado bien á los tigres entre los cuales había vivido para creer que soltarían su presa.

No omitió, sin embargo, ningún esfuerzo para dar confianza á Lucía y quiso llevarla ella misma á casa de Esteban Jerold donde estaban refugiadas Clara y la Gerard.

Esteban habitaba muy lejos de allí, en las alturas de Chaillot, y en vista de la imposibilidad de encontrar á aquella hora un coche para que las transportase, hubiera acaso sido mejor que esperasen el

alba. Pero había que temer un cambio en las disposiciones de Heron y la vuelta inopinada de sus agentes, si él se arrepentía de haberse mostrado magnánimo. La prudencia aconsejaba, pues, ponerse lo antes posible en salvo y las dos mujeres decidieron marcharse inmediatamente.

El doméstico de Lucía, con cuya adhesión sabía ella que podía contar, las acompañó para protegerlas en aquella carrera nocturna. Pero el camino se hizo sin tropiezos, y, á eso de las dos de la madrugada, llegaron á casa de Esteban.

Clara no esperaba volver á ver tan pronto á su hermana. La creía presa, la lloraba como si la hubiera perdido para siempre, se acusaba de haberla abandonado y no recobraba su energía más que para afirmar su voluntad de ir al día siguiente mismo á compartir su prisión.

La llegada inesperada de Lucía hizo suceder la alegría á la desesperación, y cuando supo qué servicios debía su hermana á la Villars, se echó en los brazos de esta mujer expresándole su reconocimiento.

La Villars se quedó tan conmovida por aquel rasgo, que si en este momento le hubiera Clara pedido la vida, se la hubiera dado sin titubear. Degradada por su conducta y por las vergüenzas de su existencia, la Villars se sentía regenerada por los sentimientos, tan nuevos para ella, que le manifestaba aquella noble joven, y como refrescada por el

contacto de tanta gracia virginal y una pureza sin sombras.

Cuando acabaron esas efusiones, la Villars miró el reloj y pensó al mismo tiempo que á aquella hora había debido de presentarse Heron en su casa y se estaba desesperando en la puerta, donde acaso se había encontrado con Billaud-Varenes. Aquel pensamiento le dió horror y decidió dejar frente á frente á sus adoradores rivales. Lucía y Clara le suplicaban, por otra parte, que esperase el día para retirarse, y la Villars accedió á sus deseos sin decirles el móvil á que obedecía.

XVIII

Preso en la Conserjería inmediatamente después de su captura y encerrado en una celda en la que le dejaron solo, Dalassene cayó como una masa inerte en el camastro que constituía allí lo principal del mueblaje. Las emociones de aquel día habíanle aniquilado hasta el punto de impedir á su pensamiento que se aplicase á buscar los medios de salvación que podían quedarle aún.

Apenas echado, cayó en un sueño pesado y profundo. Al cabo de unas horas, unos pálidos rayos del sol de invierno le despertaron, y al ver en qué siniestro lugar le habían encarcelado, comprendió todo el horror de su situación. Caído en manos de sus adversarios, no podía esperar su clemencia. Estaba definitivamente perdido.

La proximidad de la muerte no le aterraba; pero el modo como se le trataba le llenaba de dolor, de humillación y de cólera; dolor por estar separado

de Lucía, humillación por su impotencia para desbaratar los lazos que se le habían tendido, cólera, en fin, por la perfidia de Robespierre y de Saint-Just y por el cobarde abandono de Belliere.

Durante unos instantes se exaltó hasta el furor, pero, una vez en pie, recobró su calma y el instinto de conservación le hizo pensar en la necesidad de ocuparse inmediatamente de su defensa...

Aunque no se le había hecho conocer el motivo de su encarcelación, sabía que se le acusaba de haber comunicado con su secretario Formanoir preso en la sección Lepelletier. Pero esto no era más que un pretexto, y sus enemigos no podían contar con obtener su condena si no podían invocar más que ese hecho, por lo que debían de haber procurado reunir otros cargos contra él.

Importábale conocerlos y quería que fuesen producidos ante la Convención, no porque creyese que, después de haber probado su falsedad, obtendría justicia de esa asamblea ya aterrorizada por los triunviros, sino porque debía probar, por el honor de su memoria, que no había cesado de conducirse como patriota.

De todos modos, para que le fuese permitida esa prueba, era preciso que la Convención consintiese en oírle, y para esto era necesario que llegase á ella su petición. No necesitó más que unos minutos para redactar mentalmente ese documento, y cuando tuvo pensados los términos, su principal preocupa-

ción fué escribirle y hacerle llegar al presidente de la asamblea.

Iba á llamar para pedir recado de escribir cuando se presentó un carcelero, y, después de haberle advertido que podía hacer traer sus comidas de una fonda de los alrededores, ó conformarse con el régimen de la cárcel, le entregó un papel que acababan de llevarle.

Dalassene le abrió y lo que le chocó al pronto fué la imagen de los emblemas de la República, en la primera hoja: un haz de hachas, un gorro frigio y estas palabras como mote: « La República una é indivisible ó la muerte. »

— Saint-Just no ha perdido el tiempo, dijo con amargura reconociendo desde las primeras líneas la fórmula ordinaria de las citaciones á comparecer ante el tribunal. Estaba citado para el día siguiente, á las once. No tenía, pues, más que el tiempo indispensable para apelar á la Convención.

Mientras el carcelero iba á buscar papel, tinta y plumas, Dalassene leyó el acta de acusación y la estupefacción que le causaba se tradujo en un grito furioso, con tan infernal habilidad estaba maquinado el documento.

Lo que había pasado en la sección Lepelletier ocupaba en él poco sitio y solamente estaba mencionado al final para coronar con una última culpa otras mucho más graves que allí estaban enunciadas. Se le hacía cargo del viaje hecho á Turín pocos

meses antes y del que por entonces hizo su abuelo Ninart de Mausabré. Su encuentro, considerado como probable, aunque él le creía ignorado, autorizaba á suponer que no había ido al Piamonte más que para favorecer el transporte de fondos pertenecientes á emigrados y que habían quedado en manos del ex arrendador general Ninart de Lavoix.

En este punto, la acusación englobaba en el mismo complot al tío y al sobrino, acusándolos de haberse concertado de antemano, y los declaraba autores y cómplices, á pesar de las negativas de los dos ancianos y sin tener en cuenta que Dalassene no había sido interrogado sobre estos hechos.

Acusábasele además de haber estado en relación con emigrados durante su permanencia en Turín; no se designaba ninguno, ni siquiera á la ex condesa de Entremont; pero se daban por ciertas esas relaciones.

Recordando, en fin, que las gacetas piamontesas habían publicado documentos secretos, robados á la oficina de asuntos extranjeros, la acusación atribuía á Dalassene esta comunicación y de este conjunto de circunstancias deducía que había favorecido los planes criminales de los realistas contra la República.

— ¡Qué infamia! murmuró Dalassene al terminar la lectura.

En el acto, escribió al presidente de la asamblea una carta de protesta, en la que, desgraciadamente,

no podía oponer á sus acusadores más que el recuerdo de sus servicios pasados y no desmentir su encuentro con su abuelo, base principal de la acusación.

Escrita la carta, se la confió á un carcelero que, generosamente pagado, se comprometió á hacerla llegar á su dirección. Dalassene, sin embargo, no se hacía ilusiones sobre las consecuencias de este paso supremo. Su carta sería entregada al presidente de la Convención, eso no lo dudaba. ¿Pero la conocerían sus colegas? ¿No era de temer que el triunvirato impidiera su lectura en la tribuna? Si así era, no escaparía á la muerte. Dalassene se resignó. Había jugado una partida y la perdía; sería buen pagador, consolado de morir por el pensamiento de que no arrastraba á Lucía en su desgracia.

Lucía no era acusada en el documento; Roberto lo veía con júbilo y esto hubiera bastado para devolver la paz á su alma si, por otra parte, no hubiera pensado que en el camino que tenía que recorrer para llegar al cadalso, iba á encontrar á su abuelo y á su tío y que su suerte sería igual á la suya.

Entre todos los pensamientos que asaltaban su mente, era éste el más desgarrador. Su conciencia le reprochaba el haber inspirado, defendido y votado las leyes en cuyo nombre iban á perecer los dos ancianos. Su desdicha era obra suya, no se lo disimulaba, y esto bastaba para duplicar con un horrible remordimiento su dolor filial.

Por la carta del abogado Berryer que había recibido aquella noche, sabía que los dos ancianos estaban en la Conserjería y que debían comparecer, como él, ante el tribunal al día siguiente. No podía, pues, evitar su presencia y temía sus reproches, aunque resuelto á no responder para justificarse.

El lector habrá ya comprendido que, hacía unas horas, se estaba operando en él un lento cambio que al disponerle á someterse á su destino, le sugería el arrepentimiento y una amarga pena de no estar solo para expiar faltas de las que nadie más que él era culpable.

Sentíase agobiado bajo el peso de estas amargas y crueles reflexiones, cuando se abrió la puerta de la celda y apareció el carcelero para advertirle que era la hora en que los presos tenían la libertad de pasearse en el patio de la cárcel.

Dalassene dudó al pronto si se aprovecharía del permiso; los Ninart debían de encontrarse en el patio y temía para ellos, no menos que para él, las emociones de un encuentro que los ancianos no podían esperar. Pero, puesto que era imposible evitarlo, ¿para qué su aplazamiento? ¿No era necesario, por otra parte, entenderse con ellos para la defensa común? Sin embargo, digámoslo en su elogio, al decidirse á afrontar su presencia, obedeció á un pensamiento más noble y más alto; tenía sed de su estima y ardía en deseos de obtener su perdón. Salió, pues, de la celda y se dirigió al patio, gran

espacio cerrado por todas partes por los edificios de la prisión. Cuando entró estaba el patio lleno de detenidos de todos los sexos, edades y condiciones, grandes señoras, mujeres de la clase media y del pueblo, nobles, artesanos, militares, sacerdotes, magistrados, mezclados y confundidos, presos casi todos sin causa, víctimas los unos del nombre que llevaban, los otros de su profesión y otros de alguna venganza anónima, todos reunidos, á pesar de la diferencia de castas, por la comunidad de su infortunio.

Al ver á Dalassene, los que le conocían, ya por relaciones anteriores, ya por haberle oído en la Convención, se acercaron á él, asombrados de verle allí. ¡Un representante del pueblo, que había dado á la República tantas prendas de adhesión, metido en la cárcel y reducido á participar de su suerte! Era más de lo que hacía falta para excitar su sorpresa y su curiosidad. Algunos le interrogaron con la cordial familiaridad que se establece instantáneamente entre desgraciados expuestos á los mismos peligros; pero Dalassene, en vez de responderlos, pasó con los ojos fijos en el fondo del patio, donde acababa de descubrir, sentados en un banco, á su abuelo y á su tío.

Los dos ancianos le vieron llegar y su asombro no fué menor que el de los otros presos. Se levantaron y, sin esperar que él les dirigiera la palabra, Ninart de Mausabré le interpeló :

— ¡Usted aquí! Si viene usted á libertarnos, se le ocurre un poco tarde. Estamos citados para comparecer ante el tribunal mañana temprano.

El anciano hablaba duramente y Dalassene sentía vibrar bajo sus palabras la cólera cuyas explosiones había ya sufrido en Turín y en Chanteloup.

— No me agobie usted, abuelo, respondió. Si ha leído usted su acta de acusacion, debe de haber visto que mi suerte es la misma que la de ustedes.

— No hemos aún recibido semejante documento, declaró Mausabré, que parecía no comprender todavía.

— Lea usted, entonces, el que yo acabo de recibir.

Mausabré fijó los ojos en el papel que le presentaba su nieto y su venerable cara entristecida se iluminó con una sonrisa de gozo sarcástico.

— Mira, Lavoix, lee, dijo á su hermano en tono de amarga burla: esto nos venga de este desgraciado.

Su hermano mayor de unos cuantos años, el antiguo arrendador general, no tenía el mismo vigor que él ni la misma agilidad en los miembros, y empleó algún tiempo en sacar unos anteojos del bolsillo del chaleco. Leyó entonces lentamente la acusación que temblaba en sus manos, se la devolvió en seguida á su hermano y dijo designando á Roberto:

— No es este el momento de agobiarle con nuestros reproches. Es más de compadecer que nosotros,

pues no tendrá, como nosotros, el consuelo de morir inocente.

— Diríase que le perdonas, exclamó Mausabré.

— No hago más que adelantarme á lo que harás tú mismo, amigo mío, respondió Ninart de Lavoix. Te conozco y sé que tú también le perdonarás. ¿No sabes que hay en el cielo más alegría por un pecador que se convierte que por cien justos que perseveran. Si éste se arrepiente...

— ¿Pero es así? preguntó el otro anciano.

— Sí, por cierto, se arrepiente. Mirale.

Mausabré guardó silencio, pero era visible que en su alma había un combate. Miraba á Dalassene encorvado ante él y, poco á poco, se fué borrando de sus severas facciones la dureza que hasta entonces parecía impresa en ellas, para dar lugar á una expresión de enternecimiento y de piedad.

Unos cuantos presos, agrupados á distancia, segufan de lejos esta escena cuyo objeto comprendían imperfectamente. Vieron de repente á Mausabré coger por el brazo á su nieto, atraerle hacia él y abrazarle, mientras que éste, con la frente apoyada en el hombro de su abuelo, parecía expresar su agradecimiento y abandonarse al dolor.

El abrazo fué largo. Después, Dalassene pasó de los brazos de su abuelo á los del hermano de éste, y la reconciliación se hizo así, completa y definitiva.

Cuando aun estaban en estas efusiones, los dos

ancianos oyeron pronunciar sus nombres. Se los llamaba y un hombre se acercó á ellos. Era el reparador de las acusaciones y citas de comparecencia, que les entregó las que les estaban destinadas. Los cargos imputados á Dalassene encontrábanse allí reproducidos casi en los mismos términos.

— He aquí la justicia de tus amigos de ayer, hijo querido, dijo Mausabré tan tranquilo ahora como irritado estaba hacía un instante. Se te implica en hechos de que no has participado y que ignorarías aún si yo no te los hubiera confesado cuando nos encontramos en Turín.

— Esos miserables necesitaban un arma contra mí, dijo Dalassene, y han forjado esa.

— Por fortuna, no lograrán probar los hechos de que nos acusan.

— Yo les probaré, dijo Lavoix, que en este asunto no hay más que un solo culpable, suponiendo que sea una culpa el restituir los bienes del prójimo, y que ese culpable soy yo.

Su hermano protestó.

— ¿Qué estás diciendo, amigo mío? ¿No he sido yo tu cómplice? Cuando estemos delante de esos jueces infames, no trates de disculparme ó me obligarás á declarar que has mentido. Unidos en la muerte como en la vida, añadió estrechando la mano de su hermano, esta es la divisa con que siempre nos hemos honrado. Permanezcamos fieles á ella hasta nuestra última hora y no procuremos,

tú y yo, más que probar que mi nieto es injustamente acusado.

Dalassene protestó á su vez.

— Quiero participar de su suerte de usted, abuelo, afirmó. Si ustedes son condenados, ¿cómo podré sobrevivirles? Prefiero la muerte á una existencia siempre envenenada por el remordimiento de haber abreviado la de ustedes. Si no consigo salvarlos, la muerte será para mí una expiación y una liberación al mismo tiempo. He escrito al presidente de la Convención, y espero aún que la asamblea querrá oirme.

No decía Dalassene la verdad al expresar esta esperanza, que sabía que era frágil y casi irrealizable.

Y la actitud de su abuelo y de su tío le probó que no creían más que él que fuese posible la salvación. Pero no tuvieron tiempo de enumerarle las razones de su incredulidad. El plazo concedido á los presos para el paseo en el patio iba á acabarse y era preciso que se separasen. Hasta el día siguiente no podrían ya comunicarse entre ellos, á no ser que comprasen la complacencia de los carceleros, cosa que se hacía diariamente y que cada uno de ellos se prometía hacer.

Seguro de haber reconquistado la ternura de sus ancianos parientes y de no ser ya para ellos un objeto de horror, Dalassene hubiera vuelto á su celda más dichoso que cuando salió de ella, si no

hubiera estado torturado por el remordimiento y al mismo tiempo por el recuerdo de Lucía.

Como los dos ancianos, aquella desgraciada mujer era también su víctima. Ella, sin duda, no moriría. ¿Pero qué iba á ser en adelante su vida? Arrancándola de su hogar, separándola para siempre de su marido, Roberto la había consagrado á la desgracia. Viviendo, acaso hubiera podido proporcionarle una existencia envidiable, apaciguar las rebeliones de su conciencia si el recuerdo de sus deberes olvidados despertaba en ella pesares. Pero, muriendo, la dejaba sin otra herencia que la vergüenza de haberse comprometido irreparablemente con él, y, acaso, llegase á maldecirle con frecuencia.

Esté pensamiento reanimaba en él el deseo de vivir. Pero, para que se realizase, era preciso que la Convención consintiese en oírle. No tenía más esperanza que esta. Durante toda la tarde, esperó febrilmente una respuesta á la carta que había escrito al presidente, y á medida que se acercaba el fin del día, aumentaba su impaciencia, más irritante y dolorosa por la soledad que reinaba á su alrededor y por la ignorancia en que se le dejaba de lo que pasaba fuera.

¿Se había conmovido París por su captura? ¿Se había hablado de ella en el Municipio y en los Jacobinos? ¿Habían osado sus amigos dar algún paso en su favor? ¿Le tenían por culpable los papeles públicos ó abogaban por su causa? Otras tantas cues-

tiones que se planteaba y que le dejaban en la más cruel incertidumbre.

A eso de las cinco fueron á buscarle para ir al locutorio, y él se creyó salvado y fué pensando encontrar allí un emisario de la Convención que iba á llevarle la respuesta que esperaba. Al pronto, se quedó desencantado reconociendo en el mensajero á Esteban Jerold. Pero, aunque en este instante, Dalassene hubiera deseado otro, fué dichoso al ver á Esteban que le llevaba noticias de Lucía.

Desde por la mañana, había Esteban multiplicado los pasos en favor de Dalassene, intentado interesar á los amigos que le conocían y especialmente á Danton y Belliere.

Desgraciadamente, el primero, obligado ya á deshacer los lazos de adversarios implacables coligados contra él, se había declarado impotente para iniciar en la tribuna una moción en favor de un colega detenido. No quería tomar la palabra para defenderle más que en caso de que el presidente de la asamblea le diese la ocasión leyendo la carta del acusado.

En cuanto al segundo, dominado por el miedo y por el deseo de no incurrir en el enfado del triunvirato, se había negado formalmente á provocar esa lectura y dicho que no quería intervenir en este conflicto. No había consentido, y esto con gran trabajo, más que en pedir pasaportes para asegurar la partida de las señoras de Palarin, de la Gerard y de

Esteban y procurar á éste un permiso para entrar en la Conserjería.

Aunque desanimado por la inutilidad de sus tentativas, Esteban se había ido á la sesión de la Convención, esperando que el presidente haría conocer á la asamblea la protesta de Dalassene. Pero Couthon, que presidió aquel día, había guardado silencio y había pasado la sesión sin que se hablase de la prisión de un representante del pueblo. Habíase hablado de ello en los pasillos: pero allí, como en la tribuna, ninguna voz se había levantado para tomar su defensa.

— No encontrarás ni un defensor, le había dicho la Villars.

La predicción se cumplía.

— Me defenderé, entonces, ante el tribunal, exclamó Dalassene cuando Esteban acabó de darle estas tristes noticias.

Esteban bajó la cabeza sin responder, no atreviéndose á profetizar que ante el tribunal, como en la Convención, sería ahogada su defensa.

— Dejemos eso, dijo Dalassene, y hálame de Lucía. Tengo prisa por saber que no me maldice.

Esteban tuvo que confesar que, desde por la mañana y después de una noche horrorosa, había caído en un sopor del que no habían podido sacarla los cuidados más perseverantes. Parecía que se había quedado muda y sorda, estaba aún en este estado y el médico llamado á su cabecera diagnosti-

caba una fiebre cerebral. Esta circunstancia era más desoladora porque, si se comprobaba el diagnóstico, la enferma no podría salir de París.

Había supuesto Esteban que estas noticias excitarían la desesperación de Dalassene; pero se quedó desengañado al ver que las acogía con una especie de satisfacción expresada en un firme lenguaje.

— Todo, hasta lo peor, puede ser un bien, y lo es que esa desgraciada mujer no pueda dejar la cama en este momento. Si estuviera en posesión de sus fuerzas, se expondría á nuevos peligros para volverme á ver y hubiera querido seguirme al tribunal y hasta á la guillotina. El espectáculo de su dolor hubiera ablandado mi ánimo, cuando tanta necesidad tengo de conservarle intacto y de probar á la patria que los republicanos permanecen intrépidos ante la muerte cuando mueren por la libertad. Si debo morir, vale más que esa querida criatura lo ignore hoy y no lo sepa hasta la hora de su curación. Su hermana, la buena Gerard y tú, Esteban, estaréis á su lado para asistirle, para consolarla y para hacer que me olvide... Sí, para su felicidad, es preciso que me olvide, añadió.

Esteban comprendió por estas frases que Dalassene estaba resignado á morir y que afrontaría la muerte sin desfallecimiento. Y escuchó sus últimas recomendaciones con el triste respeto que se debe á los condenados á quienes espera la última hora inmediata.